III

EL CATOLICO CHARLES BAUDELAIRE

Sé que Vos guardáis un sitio para el [Poeta
En los rangos bienventurados de las san- [tas legiones,
Y que le invitáis a la eterna fiesta
de Tronos, Virtudes y Dominaciones...

C. B.

I

PORQUE Charles Baudelaire ha muerto hace cincuenta años, los cronistas se lanzan ávidamente sobre este gran recuerdo. Más que las injurias, temo por él, indiscretas amistades. Uno asegura que este católico fué un irónico sutil; otro nos jura que este libertino murió virgen. ¡Qué bellos temas para lanzar artículos! Pero limitémonos a que sea el mismo Baudelaire quien nos enseñe «su corazón al desnudo». Siendo católicos, no renegaremos sin examen de este dolorido hermano. Escuchó a su pobre alma hasta la muerte, y la confesó. Las flores del mal son las flores del pecado, del arrepentimiento, del remordimiento, de la penitencia. Sufre, pero sabe por qué.

¡Bendito seáis, Dios mío, que dais el sufrimiento
Como divino remedio a nuestras impurezas,
Y como la mejor y la más pura esencia
Que prepara al fuerte para los santos deleites!

Sé que Vos guardáis un sitio para el Poeta
En los rangos bienventurados de las santas legiones,
Y que le invitáis a la eterna fiesta
De Tronos, Virtudes y Dominaciones... (1)

Se ha humillado, pero «estas humillaciones han sido gracias de Dios (2)». Practica la oración, hace su plegaria como un hijo de la Iglesia.

«El hombre que reza su oración, por la noche, es un capitán que pone centinelas; puede dormir... Rezar todas las mañanas mi oración a Dios, reserva de toda fuerza y de toda justicia, a mi padre, a Mariette y a Poë, como intercesores; rogarles que me comuniquen la fuerza necesaria para llevar a cabo todos mis deberes y procurar a mi madre una vida suficientemente larga para gozar de mi transformación... Confiar en Dios, es decir, en la justicia misma, para el éxito de mis proyectos; rezar, todas las noches, una nueva oración para pedir a Dios vida y fuerza para mi madre y para mí... No me castiguéis en mi madre, y no castigueis a mi madre por mi causa... Dadme la fuerza de hacer inmediatamente mi deber todos los días, y de llegar, así, a ser un héroe y un santo (3).

El dolor de los hombres de genio, de aquellos a quienes él llama «los Faros», se le aparece a través de los siglos, como una indefinida y única oración:

¡Porque es, en verdad, Señor, el mejor testimonio
Que podemos dar de nuestra dignidad
Este ardiente sollozo que rueda año tras año
Para morir al borde de vuestra eternidad! (4).

Las confidencias de Nadar y de las dos mujeres que Baudelaire ha amado, concuerdan, para que no dudemos ya de su extraño ideal; quería la posesión del ser amado, en la castidad. A sus ojos, la mujer

---

(1) *Bénédiction.*
(2) *Mon coeur mis à nu.* A comparar con la frase de Pascal: «...ofrecerse por las humillaciones a las inspiraciones».
(3) *Mon coeur mis à nu.* Dice también: «El rosario es un medio, un vehículo; es la oración puesta al alcance de todos».
(4) *Les Phares.*

HUAWEI P20

es siempre «mi pequeña..., mi *Hermana...*» Unos ojos llenos de luz caminan delante de él, nos dice:

Salvándome de toda celada y de todo pecado grave (1).

El 8 de diciembre de 1848, a propósito de Jeanne Duval, escribe a su madre: «Es singular que vos, que con tanta frecuencia y durante tanto tiempo, me habéis hablado de sentimientos espiritualistas, de deber, no hayáis comprendido *esta singular relación* en la que no tengo nada que ganar y en la que la expiación y el deseo de remunerar desempeñan el gran papel».

¡Qué amoroso candor en aquel pretendido libertino, escándalo de los burgueses volterianos y de los redactores de *Siècle*!

Siendo desconocido, se complace en irritar a aquella gente. Les ridiculizó, y los descendientes de los Ponmartin y los Villemain, siguen hoy desgarrando sus vestiduras y clamando contra el blasfemo. Sin embargo, Baudelaire escribía: «Ser un gran hombre y un santo *para sí mismo,* he aquí lo único importante». Error, sin duda, porque no debemos desinteresarnos de la salvacón eterna de los imbéciles. Pero, ¡qué bien se le comprende! Pese a sus desconocidas miserias, no cesa de conversar con Dios.

Lemaître asegura que los pensamientos de Baudelaire no son más que un balbuceo presuntuoso y penoso, y que es imposible imaginar una cabeza menos filosófica. Ni filósofo, ni sabio, de acuerdo. Pero precisamente porque cree en el dogma del pecado original, este poeta posee la clave del enigma universal. Lemaître cita, burlonamente, esta frase: «...la voluptuosidad única y suprema del amor estriba en la certidumbre de hacer *el mal.* Y el hombre y la mujer saben, desde su nacimiento, que en el mal se encuentra toda voluptuosidad...» No veo que en ello haya nada que haga sonreír; estas palabras me iluminan mejor el corazón humano que todo el armatoste de la gente de teatro. Lemaître nos dice que el catolicismo de

(1) *Le Flambeau vivant.*

las *Fleurs du mal* es poco cristiano, impío y sensual. Unas blasfemias fáciles, de intencionada enormidad, no nos apartarán de estos poemas en los que un alma devorada por el remordimiento tiene hambre y sed de perfección, y sabe el precio del dolor. No hay duda de que le gusta hacer sonar su título de católico como a un joven aristócrata su partícula de nobleza. Se vanagloría de su bautismo en una Francia en que «todo el mundo se parece a Voltaire» (1). Este orgullo me parece legítimo. No me escandalizo de este dandysmo espiritual, pero reconozco que en esta posición hay un peligro.

Aún hoy, la grosería radical amenaza incitar a ciertos jóvenes católicos a ensalzar a Dios por haberles hecho tan admirables. Para ellos temo menos el respeto humano que la ostentación.

Pero a esta actitud católica, a este dandysmo religioso, corresponde en Baudelaire un corazón realmente perseguido por la Gracia. Algunos ensayos de haschich y de opio, algunos excesos de alcohol, no son óbice para que sobre esta alma gravitase «la terrible garra de Dios». Al leer sus poemas, he tenido siempre la impresión de que no llevan su verdadero título. Con estas tres palabras, *Fleurs du Mal,* este gran hombre se calumnia desde el umbral de su libro. Recuerdo que a los quince años, abrí en secreto el compendio prohibido, pero casi nada de esta música desconcertó mi corazón infantil. El pecado conservaba su fealdad, el hombre separado de Dios su miseria y su soledad, el corazón su deseo de amar, de poseer a alguien situado más allá de la sangre, más allá de la carne.

¡Ah, Señor, dadme la fuerza y el valor
De contemplar mi corazón y mi cuerpo sin repugnancia! (2).

En el lirismo de Baudelaire hay una réplica al lirismo de Pascal. «El hombre no sabe en qué rango colocarse, dice Pascal. Está visiblemente extraviado, y ha caído de su verdadero lugar, sin poder encontrar-

(1) *Mon coeur mis à nu.*
(2) *Un Voyage à Cythère.*

lo de nuevo. Lo busca por todas partes, con inquietud y sin éxito, a través de tinieblas impenetrables». A través de estas tinieblas impenetrables por las que Baudelaire anda errante, le guía un amor que Pascal ignoraba: la Belleza. Pero la teme, la detesta, cuando se le presenta bajo el aspecto carnal y criminal. Sólo anhela que la verdadera Belleza abra delante de él la puerta.

De un infinito que amo y que jamás he conocido... (1).

Su deseo de viajar, su deseo de «otra parte», sobrepasa el mundo. Los navíos de la *Invitación al viaje*, se llevan al Poeta más allá de los soles ponientes, y la mujer no le aleja para nada del inaccesible horizonte.

...Y nada, ni vuestro amor, ni el *boudoir*, ni el hogar
Vale para mí lo que el sol radiante sobre el mar... (2).

El último poema de las *Fleurs du Mal le Voyage*, expresa, con una magnificencia sin igual, esta necesidad del corazón humano, de escapar a lo finito. Al principio, el poeta canta la partida terrestre, este deseo de acunar «nuestro infinito sobre el finito de los mares», de destruir el recuerdo, de borrar el rastro de los besos; pero el mundo es demasiado pequeño, el poeta no aspira ya más que a la última travesía. Leva anclas para siempre, se confía a la muerte, para que ella le conduzca a Dios... Y esperamos que, después de un martirio sin nombre, Charles Baudelaire haya encontrado, al fin, a este Padre celestial.

II

Si sus poemas no merecen, en realidad, su título de *Fleurs du Mal*, bien pueden ser llamados flores *enfermizas*, como el poeta los denomina en su dedicatoria a Gautier. Ahora bien, el catolicismo es equilibrio. La santidad es la salud misma. Hay una tentación

(1) *Hymne à la beauté.*
(2) *Chant d'automne.*

sutil consistente en amar, en la Iglesia, una fuente de delicias, una visión conmovedora del mundo y de sí mismo, el placer malvado de desafiar una prohibición y de desobedecer a alguien: incluso los menos perspicaces disciernen en Baudelaire este gusto por el pecado. Antes de persignarse delante de la estrecha puerta, el pobre poeta se ha lastimado las manos llamando a demasiados portales. ¿Cómo negar que su misma pureza, por la que he querido alabarle, sea sospechosa? Al hombre le es dado descubrir en la abstinencia la posibilidad de un placer peor aún, y si no ha pecado con su cuerpo, sus abyecciones intelectuales han sido irrefrenadas. Con la inconsciente hipocresía de un gran amor, he puesto excesivo celo en citar las páginas cristianas de *Mon coeur mis à nu.*

En otras partes, Baudelaire también se confiesa; desnuda su pobre alma, mostrando unas llagas que él mismo envenena con triste y paciente ciencia. Como le ocurre a todo joven autor, en su primer escrito se describe con complacencia: aquel *Fanfarlo* que la *Revue de Paris* rechazó. Allí se encuentra, en cuerpo y alma el grande y miserable Baudelaire.

Recuerdo que un día, desde lo alto del púlpito de Saint-Etienne-du-Mont, el padre Sertillanges nos mostraba estas almas que la Gracia atraviesa para alcanzar a otras almas. Durante el siglo de Hugo y de Béranger, los *poetas malditos* protegían, con sus manos mancilladas por la iniquidad, la llama de la inefable poesía católica. Más aún: como aquellos inconscientes chiquillos a quienes en la época del Terror, un sacerdote perseguido confiaba las santas Especies, salvaban el sentido de lo sobrenatural para transmitirlo a nuestra generación. Nos han dado «la impresión viva y casi física de lo sobrenatural». Así se expresa Paul Claudel cuando atestigua, delante de Dios y delante de nosotros, la inesperada luz que le aportó aquel adolescente frenético y lleno de blasfemias: Arthur Rimbaud. Los escritos póstumos de Baudelaire iluminan, también, el camino de Claudel, y vemos cómo la Gracia atraviesa, con fines remotos, el alma de este «poeta maldito». Pero no fué sin haber sufrido su quema-

dura y su marca. En él la Gracia realizó ante todo el milagro de probar que un tal amante de la Belleza, no se contenta con el mundo de las formas. Para ampliar el universo, en el que se ahoga, Baudelaire crea correspondencias entre los perfumes, los colores y los sonidos. Ve la naturaleza como un bosque de símbolos. Con el imaginario esplendor de una vida anterior, prolonga su vida aparente (1). Pero es en vano; y se aparta de toda apariencia hasta no sufrir más que un paisaje desnudo, «un paisaje hecho con la luz y el mineral, y con el líquido para reflejarlos...» (2). Sus poemas, semejantes a navíos en el momento de zarpar, embriagan la inquietud de los corazones errantes. Sugieren la fuga hacia climas imposibles, y nos obligan a amar la muerte como un supremo hacerse a la mar. Todos ellos están contenidos en este grito (¿quién de nosotros no lo ha lanzado en un instante de su juventud?) «Anywhere out of the World» (no importa donde, pero fuera del mundo)—grito, no de un cristiano reconciliado, sino de un pecador que no se resigna al pecado. Lo que la Misericordia le denega a Baudelaire, entre sus semejantes, entre sus hermanos, es la costumbre: la aceptación del pecado; vuelve a su vómito y sabe que allá no hay otra cosa que un vómito. Los más sabios prestigios del príncipe de este mundo le hacen clarividente. La Obra de Baudelaire ilustra esta irrisión de *Faust* en el poema de Goethe: «¿Qué puedes dar, pobre demonio? *No tienes más que alimentos que no sacian.*»

Jamás saciado, jamás satisfecho, irritado por este fraude del pecado, por esta farsa de los sentidos, ¿por qué no se entrega al Padre? Es porque en el camino del pródigo, brillan en la noche los faroles de las malas posadas.

No cabe duda de que el poeta abusó de los estupefacientes, cuyas criminales delicias nos describe en los *Paradis artifiels*. Pero no pierde nunca esa lucidez del hombre que no ha renunciado a la verdadera re-

(1) *Fleurs du mal.* Correspondances.—La Vie antérieure.
(2) *Petits poèmes en prose*

ligión; los *Paradis artificiels* muestran, en más de un pasaje, una lógica apasionada y pascaliana. Como lo haría Pascal, Baudelaire denuncia en el hábito de las drogas la perversión de la tendencia humana hacia el infinito: «¡Ay! Los vicios del hombre, por llenos de horror que se les suponga, contienen la prueba (¡aunque no sea más que su infinita expansión!) de su tendencia al infinito; pero es una tendencia que, con frecuencia, se equivoca de camino... Todo lleva a la recompensa o al castigo, dos formas de la eternidad. E' espíritu humano desborda de pasiones...» (1).

Conciencia, lucidez, he aquí a lo que la Gracia condena al pobre poeta descarriado. Incluso cuando trata del haschich y del opio, sabe que escribe bajo la mirada de la Trinidad, y para no perder el valor, lanza hacia Dios un grito de esperanza: «¡Señor, Dios mío, Vos, el siervo, Vos, el Maestro; Vos, que habéis hecho la fe y la libertad; Vos, el soberano que dejáis hacer (2); Vos, el juez que perdonáis; Vos, que estáis lleno de motivos y de causas, *que quizá habéis dado a mi espíritu el gusto del horror para convertir mi corazón, como la curación en la punta de una espada...*» (3).

No sé si a la cabecera de la cama de Baudelaire agonizante fué recitada la plegaria para la Recomendación del alma. Pero, esta alma, más que ninguna otra, merecía que le fuese dado este testimonio: «Aunque haya pecado, no ha negado jamás al Padre, ni al Hijo, ni al Espíritu Santo, sino que ha creído en Ellos».

Oigo que algunos maestros se inquietan: ¿invitaremos a todo adolescente, sin discernimiento, a beber en estas aguas turbias? «Los malos libros», no es un tópico de devocionario. Pero en ello hay dos peligros: uno que es, por amor al arte, inducir a la gente joven a la lectura de obras morbosas, y otro que quizá no supieron ver el padre Blanloeil y J. M. J. A. de

---

(1) *Les Paradis artificiels*: Le Goût de l'infini.
(2) *Petits poèmes en prose.*
(3) *Prière des agonisants.*

Nantes, cuyos manuales desarrollaron en mí, cuando tenía dieciséis años, el funesto sentido de la ironía. Al veneno de Flaubert y de Balzac, estos píos educadores oponían el antídoto de Mme. Bourdon (?), de Zenaide Fleuriot y de Raoul de Navery (?). ¿Acaso es necesario decir que ni Baudelaire, ni Verlaine, ni ninguno de nuestros poetas predilectos era nombrado?

No hay que sonreír; sé la tempestad que se desencadena en un corazón joven cuando se cree desterrado por su fe de todos los paraísos cuyo olor respira, cuando la idea de lo mediocre y una especie de bobería, se confunden, para él, con las prácticas religiosas. ¡Cómo! ¿Los genios más altos del siglo pasado y del actual «se han desplomado a los pies de la cruz de Cristo»—según palabras de Nietzsche—, y designáis como específicamente católicas al adolescente, edificantes infusiones? Creo que hay que ponerle en guardia contra los artistas modernos; en nombre de esta verdad tan exigente que nos obliga a apartarnos incluso de las más remotas ocasiones de caída, debemos prohibirle ciertas lecturas, hasta que se encuentre fortificado en su fe, pero también debemos enseñar a esta alma joven, la parte inmensa de Dios en el arte contemporáneo, y que el lirismo de Baudelaire, de Verlaine, de Rimbaud, de Jammes, de Claudel, en distintos grados, procede del Padre, como el de Bossuet y de Pascal.

Un joven sacerdote católico danés me confiaba un día que, al llegar a París, se dedicó inmediatamente a buscar las tumbas de Verlaine y de Baudelaire, a fin de ponerse de rodillas ante ellas, y al ver que yo me asombraba de ello, el extranjero se asombró de mi asombro. Acaso lo que haya de abominable en la obra de Verlaine nos aparta del Sollozo de *Segesse?* No, en verdad; Verlaine y Baudelaire nos pertenecen. No soy tan desinteresado como los cristianos que no ven ningún tema de júbilo en la genuflexión de los inspirados. Pero, ¿qué familia estuvo jamás orgullosa de sus poetas? Las faltas de Baudelaire no le excluirían del catolicismo si no fuesen pecados. Si hubiese podido cometerlos sin ser pecador, entonces no sería de los

nuestros. En Baudelaire, todo error se convierte en pecado; él mismo lo confiesa como un pecado. En este signo reconozco a mi hermano. Un hombre de vida más pura, más limpia, Taine, por ejemplo, no pertenece a nuestra familia espiritual; este miserable Baudelaire es bien nuestro: «El pecador pertenece a la cristiandad. El pecador puede hacer la mejor oración. Nadie tiene, quizá, un cristianismo más profundo que Villon... Podría decirse que el pecador y el santo son dos partes igualmente integrantes del mecanismo de la cristiandad...» Hay que leer, en el segundo cuaderno de la décimotercera serie, este razonamiento de Péguy; lógica lenta y segura, lógica espesa, nutritiva, substancial.

Al final de su vida, Baudelaire encuentra la fuerza de someterse a Dios, en el exceso de su sufrimiento. Murió arrepentido. Sin duda, una buena muerte no purifica la obra del poeta. Pero esta obra, incluso en sus blasfemias, es el camino de un corazón que, para alcanzar a Dios, ha elegido la ruta más larga. Todo retrasa al poeta, porque ve lo que los demás no ven; durante largo tiempo la soledad, el silencio, «la incomparable castidad del azur», e impiden mirar más allá. «El mudo idioma» de las flores, de los cielos, de los soles ponientes, cubre la voz interior de Dios. ¡Ah, sin duda hay locos, pero repitamos humildemente esta oración de Charles Baudelaire: «Señor, tened piedad; ¡tened piedad de los locos y de las locas! ¡Oh, Creador!, ¿pueden existir monstruos a los ojos de Aquel que es el único que sabe por qué existen, cómo han sido hechos y cómo hubieran podido no ser hechos...?» (1).

(1) *Petits poèmes en prose.*